



LA
VELADA

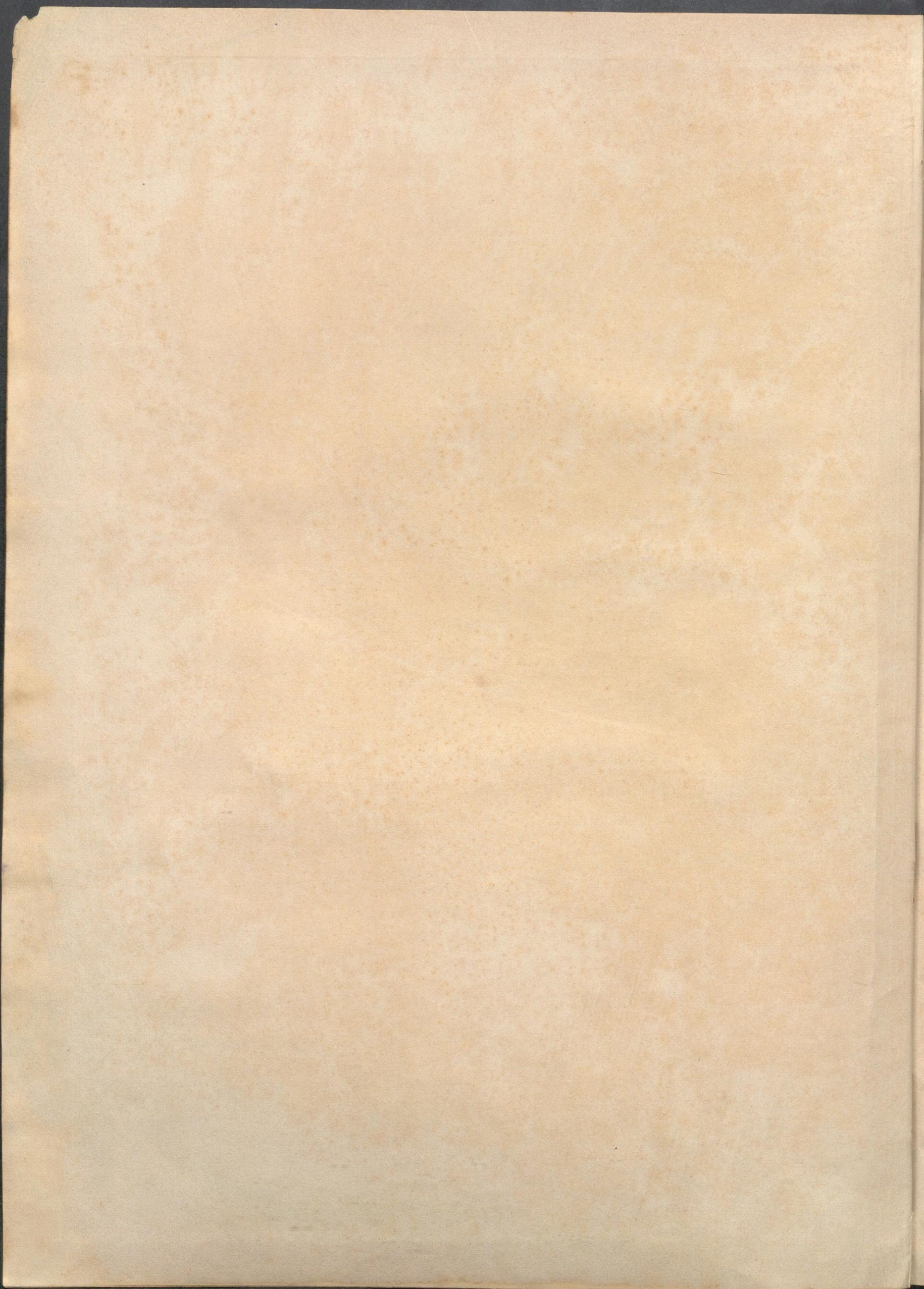


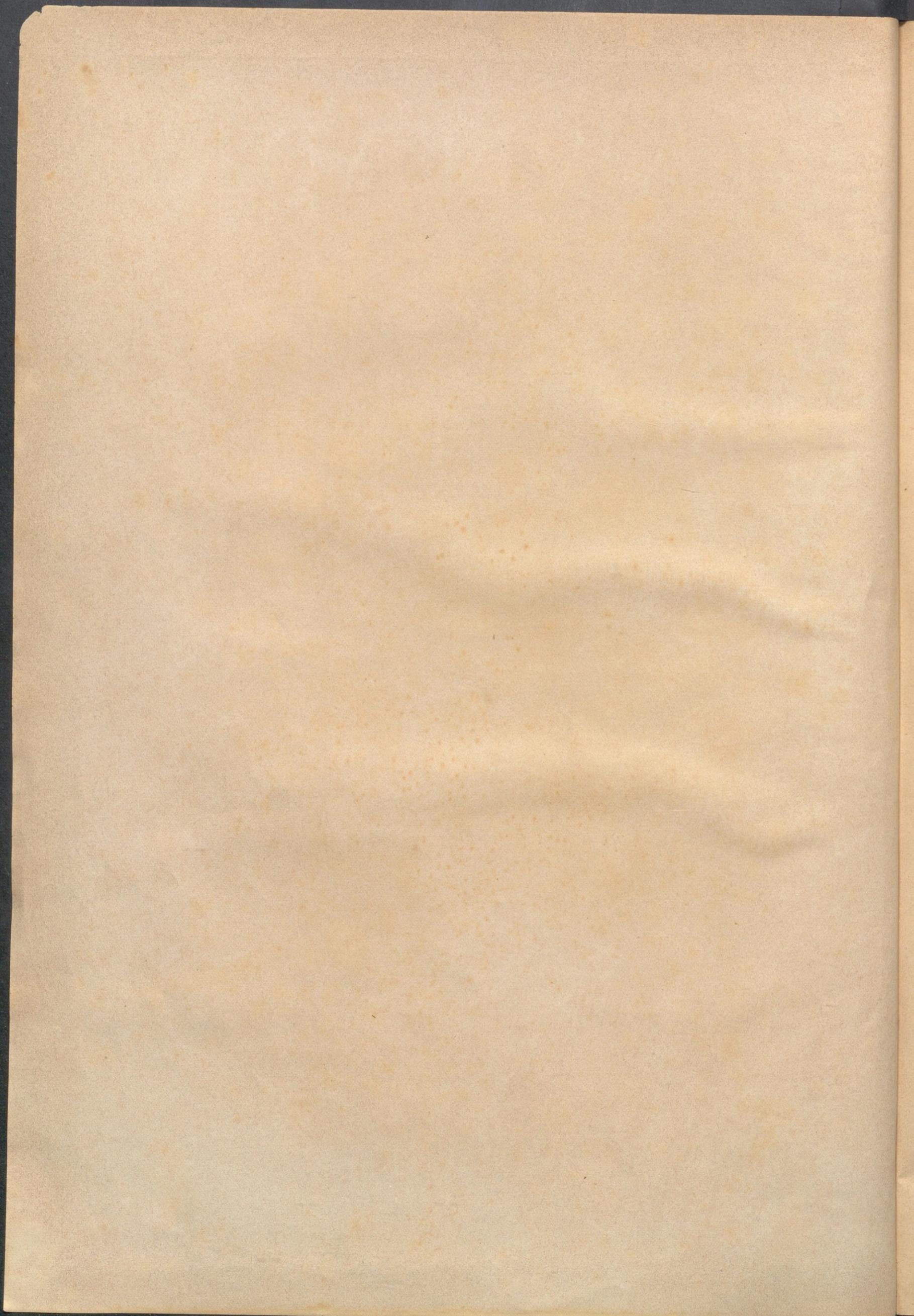
1892











LA VELADA

SEMENARIO ILUSTRADO

REDACTADO

POR DISTINGUIDOS LITERATOS ESPAÑOLES

É ILUSTRADO POR REPUTADOS ARTISTAS

NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO I.—AÑO I

BARCELONA

ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1892



LA BELLA



ÍNDICE LITERARIO

- Nuestros propósitos, por M., 2.
Esbozo, por José M. de Pereda (ilustraciones de Apeles Mestres), 3 y 19.
El fotógrafo, por Alfonso Daudet, 5.
Canto del Norte, poesía, por J. Federico Muntadas, 6.
El fomento de los animales, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 7.
Nuestros grabados, todos los números.
Sección científica.—Conocimientos é invenciones útiles, por E. de Mier, 12.
Mesa revuelta, todos los números.
Recreos instructivos, por Julián, todos los números.
Crónica, por C., 18, 34, 50, 66, 82, 98, 114.
Crónica por B., 130, 146, 162, 178, 194, 210, 226, 242, 258, 274, 290, 306, 322, 338, 354, 370, 386, 402, 418, 434, 450, 466 y 482.
Esteban March, por Teodoro Baró, 22.
Los lisiados, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 23.
Sección científica.—Las nubes, por E. de Mier, 27.
La visión del juez de Colmar, por Alfonso Daudet, 35.
Mildew, por M. Llopis y Bofill, 36.
José Ventura, por Teodoro Baró, 38.
Epístola moral sobre las costumbres del siglo (poesía), por M. Breton de los Herreros, 39.
Economía doméstica.—Chocolate, té y café, por Angel Muro y A. Aura Boronat, 44.
San Pedro me valga, por Antonio de Trueba, 51 y 67.
Salvador Martínez Cubells, por Teodoro Baró, 53.
La casa paterna, traducción de C. Vidal Valenciano, 55 y 74.
La pregunta de la niña (poesía), por Dionisio Solís, 59.
Sección científica.—La lluvia, por E. de Mier, 60.
Las golondrinas, por E. de Mier (ilustraciones de A. de Riquer), 70 y 85.
Poesía, por ***, 76.
Los fantasmas del señor Redoux, por Villiers de L'Isle Adam, 83.
El maldiciente, (poesía) del Romancero general, 90.
Limpios y amarrados por Melitón González (ilustraciones por el mismo), 90.
Nuestra Señora del Campo, por Eduardo Rod, 99 y 115.
Los insectos dañinos, por ***, 102, 118 y 151.
Abd-el-Kader (poesía), por J. Arolas, 106.
No hay dicha en la tierra (poesía), por Ramón de Campoamor, 122.
Los extremos se tocan, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 123.
La chula triste, por José Feliu y Codina (ilustraciones de J. Espinós), 131.
El prólogo de Bailén, por Teodoro Baró, 133.
El ruiseñor y el pavo real (poesía), por Juan Tomás Salvany, 135.
Soliloquio de un huérfano (poesía), por Jaime Collell, pbro., 138.
La pesca de las sanguijuelas, por Juan Rameau, 147.
Las llaves perdidas, tradición popular, por María Mendoza de Vives (ilustraciones de J. Pellicer Monseny), 155, 163 y 179.
La abuela, poesía de Víctor Hugo, traducción de Teodoro Llorente, 166.
El sitio de Berlín, por Alfonso Daudet, 167.
La linterna mágica, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 172.
Un Papa catalán, por Teodoro Baró, 182.
Oda de Horacio (poesía), traducción de F. Javier de Burgos, 186.
Justa y Rufina, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 187.
Creso y Solón, versión directa del griego, hecha expresamente para LA VELADA, por E. de Mier y B., 195.
Las hormigas, por ***, 196, 213.
Débbora (poesía), por J. Federico Muntadas, 197.
El Viernes de Dolores, por el P. Luis Coloma, 193.
El muchacho espía, por Alfonso Daudet, 211.
El rey de Tule, balada de Goethe (poesía), traducción de J. Llausa, 218.
La electricidad, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 218.
No hay patria fea, por Antonio de Trueba, 227.
Romance antiguo (poesía), del Romancero general, 230.
Cantares, 230.
Una señorita china graduada, novela traducida del chino al inglés por el profesor Douglas, traducción de J. Coroleu, 231, 246, 262, 279 y 295.
El ciego, por Hugo Le Roux, 243.
La perra de Julianita (poesía), por Fray Gerundio, 244.
Medio Juan y Juan y Medio (episodios de 1812), por el P. Luis Coloma, 259 y 275.
Oriental (poesía), por José Zorrilla, 262.
Retorno de la feria (poesía), por Pablo Piferrer, 278.
Pelotarismo, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 284.
Siluetas modernas: Narciso Serra, por Eduardo Zamora Caballero, 292.
Malvasía (apuntes histórico-agrícolas), por M. Llopis y Bofill, 293.
Rima, por Gustavo A. Becquer, 295.
Manolito Gázquez, por Teodoro Baró, 307.
La miel, por Emilio Gautier, 310.
Recuerdos de un grande hombre (poesía), por el Duque de Rivas (ilustraciones de Apeles Mestres), 314, 326, 346, 364, 378 y 394.
Romería á Montserrat, por Pablo Piferrer, 323.
La Rábida, por Jaime Collell, pbro., 330.
Viaje por España en 1492, por José Ramón Mélida, 339, 355, 371 y 389.
Rima, por Gustavo A. Becquer, 358.
El Monte de las Ánimas, por Gustavo A. Becquer, 359.
Colombinas, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 379.
Siluetas modernas: Julián Romea, por Eduardo Zamora Caballero, 387.
Un suspiro, (poesía), por Julián Romea, 388.
El loro, por León de Tinseau, 403.
Oriental, (poesía), por José Zorrilla, 406.
Un par de zapatillas, por José Feliu y Codina, 407.
El ángel bueno y el ángel malo, por C. Suárez Bravo, 420.
Epístola (poesía), por Francisco Martínez de la Rosa, 422.
Tapujo, Estropajo y Donald, traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de Josef Jacobs, por José Coroleu, 426.
La ópera, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 428.
Las señoras del café, por Fernández Martínez Pedrosa, 435.
Porvenir de las almas (poesía), por Ramón de Campoamor, 442.
Parsifal de Ricardo Wagner, traducido directamente del alemán, por E. de Mier, 442, 454, 474 y 486.
El premio gordo, por Emilia Pardo Bazán, 451.
La noche jocosa (poesía), por Baltasar de Alcázar, 453.
Dios y el hombre (poesía), por Úbeda (ilustración de Apeles Mestres), 465.
La nochebuena del poeta, por Pedro A. de Alarcón, 467.
En la Natividad de Cristo (poesía), por Ramírez Pagán (ilustración de Apeles Mestres), 469.
Arturo, por Alfonso Daudet, 483.
Villancico (poesía), por Fray Arcángel de Alarcón, 485.
Sección científica.—La nieve, 491.

ÍNDICE ARTÍSTICO

- Laboremos, escultura de J. Roig, 1.
 Esperando..., dibujo del pintor José Llovera, 8.
 Larnaca en Chipre, dibujo de H. Corrodi, 9.
 Todo por el arte, novela viva, por Apeles Mestres, 13, 29, 45, 61, 77, 93 y 108.
 Tomás Alba Edison, 15.
 José María de Pereda, retrato por J. Pahissa, 17.
 La trilladora, estatua de A. Vallmitjana Abarca, 24.
 El domingo de Ramos, cuadro de J. Mas y Fondevila, 25.
 Pastora, cuadro de J. Agrassot, 33.
 Dulce secreto, cuadro de Adolfo Hering, 40.
 Noticias del día, cuadro de Pablo Weimar, 41.
 El maestro Tomás Bretón, retrato por J. Diéguez, 43.
 ¡No te asustes! cuadro de Federico Morgan, 49.
 Salvador Martínez Cubells, retrato por J. Diéguez, 54.
 La taberna, cuadro de Salvador Martínez Cubells, 56.
 La ida al torneo, cuadro de Salvador Martínez Cubells, 57.
 León en acecho, escultura de A. Vallmitjana Abarca, 65.
 Distinción, acuarela de José Llovera, 69.
 La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, pintura de la iglesia en San Francisco el Grande de Madrid, por Eugenio Oliva Rodrigo, 73.
 La lectura, cuadro de J. Sant, 81.
 El toque de oración, cuadro de José Wopfner, 88-89.
 La Santísima Virgen con el Niño Jesús, escultura de Rafael Atché, 97.
 Estudiando música, cuadro de C. Walther, 104.
 El general Brune en casa de Camilo Desmoulins, cuadro de J. Flameng, 105.
 Muchachos en el baño, de una fotografía instantánea, 113.
 Guerrero oriental, cuadro de Antonio Fabrés y Costa, 120.
 La limosna, cuadro de P. A. Cot, 121.
 San Lucas escribiendo el Evangelio que le dicta la Santísima Virgen María, cuadro de Clemente O. Skilbeck, 129.
 Juventud, cuadro de Enrique Nordenberg, 136.
 El canario muerto, cuadro de L. Cabrera, 137.
 El toro se acuesta.—El toro se levanta, dibujo de Melitón González, 141.
 Muchacho catalán, dibujo del natural, por Dionisio Baixeras, 145.
 Apuntes del natural, dibujos de Dionisio Baixeras, 149.
 Joven catalana, dibujo de Román Ribera, 149.
 Idilio, cuadro de Dionisio Baixeras, 152-153.
 Tipo veneciano, cuadro de J. Lieck, 161.
 Pena de azotes «Boria avall», cuadro de F. Galofre Oller, 168-169.
 Empresa dificultosa, cuadro de P. Massani, 177.
 La hija de Jairo, cuadro de L. Feldmann, 184.
 Una canción del tiempo viejo, cuadro de D. Vautier, 185.
 En la poltrona, cuadro de José M. Tamburini, 193.
 Malos naipes, cuadro de W. Hasselbach, 200.
 Buenos naipes, cuadro de W. Hasselbach, 201.
 Un valiente, cuento vivo, por Apeles Mestres, 205.
 Tívoli.—Rocco pío, 209.
 Tívoli.—Gruta de Nerón y el templo de Vesta, 216.
 Tívoli.—La «villa» de Este, 217.
 La hora del almuerzo, cuadro de Muller, 225.
 Cazador de leones, grupo escultórico de A. Vallmitjana Abarca, 232.
 Gerona, 1809, grupo de Antonio Parera, 233.
 La hilandera «La Filadora», cuadro de Antonio de Ferrer y Corriol, 241.
 ¡Bonitos frutos! cuadro de G. Bellei, 248.
 En el pinar, cuadro de M. Nonnenbruch, 249.
 Junto al polvorín, cuento vivo, por Apeles Mestres, 253.
 En el restaurán, cuadro de Francisco Gómez Soler, 257.
 ¡De él! cuadro de Tito Conti, 264.
 Primer amor, cuadro de Carlos Hoff, 265.
 De las nubes al chocolate, por N. Moral, 269.
 ¡Buenos días! cuadro de L. Wittich, 273.
 Canción de cuna, cuadro de H. Lauenstein, 280-281.
 Narciso Serra, retrato por J. Diéguez, 289.
 Proyecto de monumento a los mártires de la patria, por Venancio Vallmitjana, 296-297.
 El amigo fiel, cuento vivo, por Apeles Mestres, 301.
 Cristóbal Colón, retrato que se conserva en la Biblioteca Nacional, 305.
 La Nao «Santa María», 312.
 Las carabelas «Pinta» y «Niña», (De fotografía instantánea de Ricardo de Valero), 313.
 Ala de la claustrilla del antiguo convento en Montserrat, (de fotografía de Joarizti y Mariezcurrena), 321.
 Restos de viejas construcciones en Montserrat, (De fotografía de Joarizti y Mariezcurrena), 324.
 Vista de la montaña de Montserrat, (de fotografía de A. Esplugas), 328.
 Ábside moderno de la iglesia de Montserrat, (de fotografía de A. Esplugas), 329.
 De una hermosa dama é dos enamorados paladines, endecha viva, por Apeles Mestres, 333.
 Vista general de la Alhambra de Granada, 337.
 Vista interior de la Alhambra de Granada, 340.
 Bajo relieves del retablo de la capilla real de Granada que representan la entrega de las llaves de esta ciudad á los Reyes Católicos, 341.
 Puerta de la Alhambra de Granada, 342.
 Patio de los Leones en la Alhambra de Granada, 343.
 Retratos de SS. MM. el rey don Alfonso XIII y la reina regente doña María Cristina, por Francisco Masriera, 344-345.
 Retratos de los Reyes Católicos en la fachada de los Estudios Mayores ó Universidad de Salamanca, 353.
 Patio de la Alberca ó de los Arrayanes, en la Alhambra, 356.
 Espada de Boabdil, 357.
 La antigua Alhóndiga ó Casa del Carbón, en Granada, 358.
 País.—Un cementerio, cuadro de Modesto Urgell, 360-361.
 Episodio de la conquista de Málaga, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 369.
 Rendición de Marbella, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 372.
 La toma de Loja, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 373.
 Rendición de Moclín, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 374.
 Jarrón arábigo de la Alhambra, 375.
 El bautizo, cuadro de S. Viniestra, 376-377.
 Julián Romea, retrato por J. Diéguez, 385.
 Puente romano sobre el Guadalquivir en Córdoba, 389.
 Interior de la catedral de Córdoba, 390.
 Tras altar Mayor de la catedral de Córdoba, 391.
 La bendición de los campos, cuadro de Laureano Barrau, 392.
 La Virgen con el niño Jesús, cuadro de E. van Hove, 393.
 La puchera en el arte, 397.
 La vieja encajera, fotografía del natural, por Antonio Borrell Vidal, 401.
 San Luis Gonzaga, imagen escultórica de José Reynés, 408-409.
 De las doce á la una... por N. Moral, 412-413.
 Haciendo el tema, dibujo de Carlos Fröschel, 417.
 Marina española de guerra.—Corbeta «Nautilus», escuela de guardias marinas, 419.
 Tomando el fresco en verano, cuadro de L. C. Nichtingale, 424-425.
 Fernando Martínez Pedrosa, retrato por Diéguez, 433.
 La Virgen de los Concelleres, retablo de Luis Dalmau, 440.
 Encuentro del Dante y Matilde, cuadro de Alberto Maignan, 441.
 Teatro de Munich, 442.
 Exterior del teatro de Baireuth, 443.
 Interior del teatro de Baireuth, 444.
 Ricardo Wagner, retrato por J. Diéguez, 449.
 Decoración del acto primero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 454.
 Mala noticia, cuadro de G. Mantegazza, 456-457.
 Decoración del acto primero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 460.
 ¡Santa noche! cuadro de J. Schrader, 465.
 El viejo músico, 472-473.
 Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 474.
 Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 476.
 Primera lección de lectura, cuadro de F. Defregger, 481.
 Decoración del acto tercero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 486.
 El último ensayo, cuadro de T. Margitay, 488-489.
 Nochebuena en Cataluña, por Apeles Mestres, 493.

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 4 Junio de 1892

Núm. 1.º

ADMINISTRACIÓN. — ESPASA Y COMP.ª, EDITORES. — CORTES, 221 Y 223



ESCULTURA DE J. ROIG

SUMARIO

Texto. — Nuestros propósitos, por M. — Esbozo, por JOSÉ M. DE PEREDA (ilustraciones de APELES MESTRES). — El fotógrafo, por ALFONSO DAUDET. — Canto del Norte, poesía, por J. FEDERICO MUNTADAS. — El fomento de los animales, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo). — Nuestros grabados. — SECCIÓN CIEN-TÍFICA: Conocimientos é invenciones útiles, por E. DE MIER. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — Laboremus, estatua de J. ROIG. — Esperando, dibujo del pintor JOSÉ LLOVERA. — Larnaca en Chipre, dibujo de H. CORRODI. — Todo por el arte, novela viva, por APELES MESTRES. — Tomás Alba Edison.

Nuestros propósitos

EN todo el Continente Americano y en la mayor parte de los pueblos de Europa existe la más absoluta igualdad ante la ley para todas las clases sociales: ricos y pobres, sabios é ignorantes, nobles y plebeyos, gozan de los mismos derechos civiles y políticos. Respecto á la igualdad de derechos en lo civil la aprobación es general y completa; en lo que se refiere á la igualdad política, los pareceres andan discordes, pues hay quien opina que no debieron ser llamados á ciertas funciones de la vida pública los que no gozan de la independencia suficiente y de la instrucción necesaria para desempeñarlas sin daño para ellos y sin peligro para el bien común. Pero sean cuales fueren las opiniones que sobre el particular se profesen, supuesto que el hecho existe, toda persona de buen sentido y de recta conciencia habrá de convenir en que el patriotismo, el sentimiento de caridad y el de amor á la conservación del orden social, nos aconsejan poner al pueblo en aptitud de desempeñar con el mayor acierto posible, las difíciles funciones que le confía la constitución democrática de las sociedades modernas.

No hay ejemplo de que en ninguna parte la clase proletaria pidiera los derechos políticos de que se halla hoy revestida; y como la atribución de derechos implica la imposición de deberes, fuera inicuo, además de imprudente, haber aumentado los de aquella considerable porción de la sociedad sin facilitarle los medios de salir airoso en el desempeño de las obligaciones cívicas anexas á los nuevos fueros de que ahora disfruta. Contraieron este compromiso los que por convicciones doctrinales le abrieron de par en par las puertas de los derechos individuales, y habría injusticia en no reconocer que se apresuraron á cumplir este deber, no perdonando medio para adoctrinar al pueblo por ellos emancipado. Esta obligación ¿la cumplen desinteresadamente, sin que les guíen en su tarea miras personales ó de partido? Si éstas fueran nuestras convicciones, nos limitaríamos á contemplar tan dulce espectáculo y á aplaudir los éxitos de los que en él tomaran parte. Desgraciadamente una convicción contraria acongoja nuestro ánimo, inquieto por el porvenir de nuestra agitada sociedad.

Los políticos que invitaron al pueblo á intervenir en los asuntos de interés general se reservaron siempre para sí su representación, dejándole á él la facultad sólo de elegir sus apoderados, que hablan y obran en su nombre, curándose poco de atemperarse á sus deseos y sujetarse á su

voluntad. Si ellos creyeran que la clase proletaria se hallaba en condiciones de representarse á sí misma, no se anticiparan á dotarla de un derecho de representación que aquélla no pedía. Por esto los políticos partidarios del sufragio universal rechazan el mandato imperativo; es decir, que el apoderado acomode sus actos á la voluntad del poderdante. Por esto tras de un plebiscito que confirma ó crea un poder, viene un movimiento popular que lo derriba; tras la aprobación de una ley hecha por los elegidos del sufragio universal, viene el *referendum* que la anula.

Las personas de buena fe, desilusionadas de la política, ajenas á los manejos de los que de ella viven y con ella medran, que van siendo muchas, desean librar á las masas de la inicua explotación de que son objeto, y á este fin se ha formado una poderosa corriente encaminada á favorecer la representación de las clases por sí mismas, por individuos de su seno, por los que viven de su vida, conocen sus necesidades y participan de sus aspiraciones. Fuera imposible y sería peligroso, caso de ser posible, confiar á la clase proletaria la representación pública de sus intereses, — función que implica también la intervención en los intereses ajenos, — si antes no se la preparaba para desempeñar este difícil cometido, no con sabiduría, pero sí con inteligencia, con elevación de miras y conciencia rígida. A esta preparación hemos de contribuir todos, puesto que á todos nos interesa como miembros de esta sociedad, y á todos nos obliga la condición de hombres y la calidad de cristianos, que nos convierte en hermanos de nuestros semejantes, sin distinción de clases ni de fortunas.

Unos de buena fe y otros maliciosamente, son muchos los que creen que las clases directoras cumplen con su deber para con el pueblo que llamaron á tan graves y trascendentales funciones, extendiendo la instrucción hasta el punto de hacerla obligatoria para todos. Pero hombres pensadores de todas las escuelas, de acuerdo con los dictados del buen sentido, negaron desde un principio que la enseñanza elemental, ni aun la superior, fueran garantía suficiente contra los abusos de la libertad y el mal uso del sufragio universal; y lo que fueron temores de inteligencias previsoras son hoy ya tristes enseñanzas de la experiencia.

La estadística criminal, que es la experiencia en guarismos, nos dice que la criminalidad ha aumentado espantosamente desde que se extendió la instrucción, que la proporción es mayor entre los que saben leer y escribir, y por confesión de los más famosos criminales se sabe que la idea del crimen y los medios de ejecución se los sugirieron sus habituales lecturas. Para que fructificaran aquellas perversas sugerencias, era necesario que cayeran en terreno abonado por corrompidas costumbres, y de esta preparación se encargaron también escritores sin conciencia, en busca unos de fáciles aplausos y otros de abundantes lucros.

La corrupción empezó por arriba y de arriba le vinieron al pueblo los perniciosos modelos y los más malos ejemplos. La escuela literaria llamada realista llevó sus desnudes primeramente á los salones, y de escote en escote ha llegado á los talleres transformada en escuela pornográfica. Desgraciadamente la aparición de aquella escuela coincidió con la moda de la instrucción universal obligatoria, que creó en los hijos del pueblo una necesidad sin curarse de los medios de satisfacerla, y escritores ávidos y corrompidos se encargaron de llenar este vacío. Abandonada á tales manos, lo que debió ser educación

humanitaria, se convirtió en explotación codiciosa y egoísta. A pretexto de ilustrar y divertir al pueblo se le ha entontecido y corrompido: lo que consideramos mucho más inicuo que volverlo al estado de esclavitud de que le sacó el cristianismo: aquélla era la esclavitud del cuerpo; ésta es la esclavitud del alma, de la parte más noble de nuestro ser.

Los que de buena fe creyeron que bastaba enseñar á leer al pueblo para ponerlo en condiciones de ejercer sus nuevos derechos con rectitud y sabiduría, cayeron en el error de confundir la instrucción con la educación. La educación, si es buena, le preparará á desempeñar con acierto sus deberes de ciudadano; pero el que sea buena no depende de que lea sin discreción, sino de que lea lo que le instruya ó le deleite mejorándolo, cultivando su entendimiento, fortificando su conciencia, iluminando su razón, fomentando sus generosos instintos, despertando sus nobles sentimientos, ahogando en su corazón las aviesas pasiones; en una palabra, haciendo al hombre digno de su divino origen. Las clases directoras de la sociedad actual se hallan obligadas, á nuestro juicio, á darle al pueblo buenos ejemplos y saludables lecturas, procurando á su vez buscar para sí lo que enseña deleitando y lo que deleita enseñando, evitando cuidadosamente lo que corrompe, lo que afemina, lo que extravía la razón y apaga la fe, lo que fomenta los odios y ahoga la misericordia, lo que convierte en imagen de la bestia al que fué hecho á imagen de Dios.

En estos momentos nótase en todos los pueblos de Europa un movimiento de reacción contra la abominable literatura y las degradadas artes que durante un cuarto de siglo, y con satánica exageración en nuestros días, han sembrado por todas partes la liviandad y el mal gusto. Hombres eminentes separados hasta ahora por sus pasiones políticas, por sus opiniones filosóficas y por sus creencias religiosas, únense para combatir aquella epidemia moral, ya estimulando el celo de los gobiernos, ya creando asociaciones que podríamos llamar de templanza espiritual, ya fundando publicaciones sanas que, en las manos del pueblo, reemplacen á las que le dañan. Nosotros también nos proponemos contribuir, en cuanto alcancen nuestras fuerzas, á esa meritoria obra de purificación y saneamiento general, y á este fin fundamos esta Revista, destinada, como decía nuestro ilustre Balmes, á «ahogar el mal con la abundancia del bien,» en todas las esferas sociales.

Así en lo que se refiere á las artes como á las letras, procuraremos que no se publique nada que ofenda la moral, ni la decencia, ni el pudor, ni el buen gusto de las personas más exigentes en estas materias. Y como por desgracia, muchos escritores y artistas modernos están inficionados del virus materialista, no vacilaremos en acudir á los de épocas pasadas, en busca de obras maestras, siempre que la necesidad nos obligue á ello, pues las que merecen nombre de tales son eternamente bellas. Abonan también esta resolución el ejemplo de la culta Grecia y el consejo de nuestro insigne Séneca, gloria de Roma y orgullo de España. Grecia, reuniendo en los jardines de Academo, accesibles á todos, las obras maestras de sus preclaros artistas, formaba el gusto de la plebe indocta y depuraba el de las clases cultas familiarizándolas con aquellos modelos incomparables de la belleza escultórica. Séneca, representante de un pueblo más pensador que artista, condena los escritos que sirven sólo para alimentar la soberbia y no para corregir ningún defecto ni inspirar la más modesta virtud.

Nuestros propósitos se reducen, pues, á seguir el camino trazado por seguros guías en la excursión que vamos á emprender por el vasto campo de las ciencias, las artes y las letras, si el favor del público corresponde á nuestras esperanzas premiando nuestros buenos deseos. Y sea cual fuere el éxito de nuestros esfuerzos, siempre nos cabrá la satisfacción de haber cooperado á una obra buena, de humanitaria trascendencia y de general utilidad, ya que, en opinión de un insigne filósofo, la cultura intelectual al joven le comunica prudencia, al viejo le da consuelo, es riqueza para el pobre y le sirve de adorno al rico.

M.

Esbozo



El sujeto de él no es producto castizamente español; pero, á tuerzas ó á derechas, ya le tenemos acá, y tan aclimatado como otras muchas cosas que por españolas pasan porque en España viven y crecen y hasta se multiplican; y si no se acomodan rigurosamente á nuestro genuino modo de ser, vamos nosotros acomodándonos á ellas, y tanto monta.

No apareció sobre la haz de esta tierra por la obra lenta y gradual de una gestación sometida á las leyes inalterables de la naturaleza, sino por el esfuerzo violento de un cultivo artificial, semejante al que produce los tomates en Diciembre, y los pollos vivos y efectivos sin el calor de la gallina. Trájole la arbitraria ley de una necesidad de los tiempos que corren; un antojo de las gentes de ahora, que exigen, para alimento de su voracidad, no los manjares de ayer, suculentos, pero en grandes y muy contadas dosis, sino la comidilla incesante, la parvidad continua, estimulante y cáustica, que mantenga el apetito en actividad perenne.

Dándole, pues, carta de ciudadanía en España y estudiándole un poco desde aquí para filiarle en justicia, puede afirmarse, sin asomo de duda, que descende en línea recta de aquel modestísimo *gacetillero* ó *localista*, que, pocos años hace, ejercía el precario oficio á la callada y á escondidas de las gentes, por respeto al proverbial quijsotismo español, que le tenía en poco y le sumaba con todos los «holgazanes vagabundos» y demás «gentes de mal vivir y perniciosas;» de aquel excelente muchacho que, de higos á brevas y en casos muy extraordinarios, se veía, con una mano en el bolsillo, y en la otra el sombrero de copa alta, á la puerta de una oficina pública, pidiendo veinte veces y en voz baja licencia para entrar un poco más adentro, con los modestos fines de preguntar á un oficial de cuarta clase, ó á un agente de policía de los más ínfimos, si eran ciertas las noticias corrientes entre el público, sobre este robo ó aquel descalabro, en la seguridad de ser respondido, á la quinta ó sexta acometida, con una desvergüenza ó un bufido que le causaban angustias y trasudores, muy merecidos en su humilde entender; pero que aun le pare-

cían cosa de chanza si á la salida de allí, y después de llegar en volandas á la redacción, le era lícito escribir, para el número del *día siguiente*, un sueltecillo á este tenor: «Con noticias de buen origen, podemos confirmar (ó desmentir) las que circulan media semana hace, en plazas, tertulias y cafés, acerca de esto ó de lo otro.»

Así nació, de golpe y porrazo, y por aquí vino, ese personaje, ó mejor dicho, esa institución con fuero propio y jurisdicción sin límites, que se hombra con los poderes públicos y campa por sus respetos donde quiera que cae como llovido del cielo. ¡Que le vayan á él con bufidos y sofiones aquellos desabridos funcionarios que cerraban las puertas á su padre! Por mucho menos que ello, por la más leve torpeza ó la menor tardanza en suministrarle las noticias que desea y ha pedido, les hará temblar con una amenaza fulminante: se lo dirá al gobernador, se lo dirá al ministro, ó al jefe del Estado, si es preciso, si le apuran un poco «y vuelve á suceder eso.» Para él no hay estorbo allí que le detenga, ni razones que le contraríen. Toda la casa es suya, y entra por ella como en lugar conquistado, sin contestar á los porteros que le saludan reverentes, preguntando por quién le acomoda y colándose donde le da la gana.

Para lo usual y ordinario, hasta tiene su poco de oficina en lo más inaccesible al vulgo, y más *sagrado* del



local, con las noticias que desea sobre la mesa ya, para que no tenga más trabajo que el de apoderarse de ellas. Si le parecen poco, también tiene, por tener de todo, el derecho de llamar al funcionario que necesite para que le dé más, y el de introducirse en el despacho del jefe, que le servirá gustosísimo después de haberle agasajado con un abrazo, dos *regalías* y un puñado de caramelos. Las noticias adquiridas de este modo, noticias relacionadas á menudo con lo más hondo y más secreto de la política ó de la administración del Estado, noticias *de sensación* las más de ellas, se publicarán pocas horas después en la segunda ó tercera edición de las varias que hace cada día el periódico que le paga. Cuando no quiere molestarse en ir á recogerlas á los centros respectivos, los funcionarios de la

Nación, los mismos que acostumbran á recibir con cara de vinagre y poco menos que á escobazos al manso contribuyente que da lo que ellos consumen, cuidarán de enviárselas á la redacción, con la súplica de que perdone por lo poco y mande lo que le acomode.

En la vía pública trabaja con igual suerte y se despacha con el mismo desparpajo. Si se rompe ó se vuelca el andamio de una fachada, antes de que el perniquebrado albañil lance en el suelo el primer quejido, ya está á su lado él, lápiz y cuartillas en ristre, no para levantarle ni socorrerle, por de pronto, sino para acosarle á preguntas. «¿Cómo se llama usted?—¿Cuántos años tiene?—¿Cuántos hijos?—¿Es viudo?—¿Dónde vive?—¿De dónde es?—¿Cómo fué la caída?—¿Se rompió la cuerda?—¿Se volcó el andamio?—¿Quién tuvo la culpa?—¿El propietario por mezquino?—¿El arquitecto por descuidado?»

Después llegará la camilla, se conducirá al albañil á la Casa de socorro, y él irá delante y entrará en la casa antes que el enfermo; y mientras el médico va palpando en éste lo que está lesionado y lo que no lo está, irá interrogándole él, para anotar las respuestas con su lápiz sempiterno: «¿Es rotura?—¿Es dislocación?—¿De la tibia?—¿Del fémur?—¿Tiene fiebre?—¿Es de cuidado?—¿Sanará?...»

Hasta que, harto él de preguntar y no cansado el otro de responder, se largará de allí sin apurarse gran cosa por la suerte del albañil, aunque al leer más tarde en el periódico la relación del suceso con todos sus pelos y señales, cualquiera creería «de la casa» al relatante, por lo que plañe y gime la caída, y trueno contra los inhumanos que construyen ó dirigen edificios, sin mirar por la salud y la vida de los míseros obreros que los ayudan con su trabajo peligroso.

A un incendio llega antes que el sonido de las campanas que le anuncian, y mucho antes, por supuesto, que las bombas, los mangueros y el piquete; y tampoco por ansia caritativa, que este particular no le apura á él cosa mayor. Lo que le importa es averiguar antes que nadie, para ser el primero en publicarlo, cómo y por dónde empezó la cosa; qué gentes viven allí; qué hacen y por dónde salen ó se tiran para salvar el pellejo; cuántos huesos se quebrantan en estos trances, ó cuántos muebles se hacen añicos; qué mangueros, qué autoridades; qué personas conocidas ó qué fuerzas de la guarnición han sido las primeras en llegar; y mientras unos dan órdenes, casi siempre al revés, y otros las cumplen como mejor les parece, y este bombero trepa fachada arriba hincando las uñas en las grietas y resaltos de la pared, si no tiene mejores asideros, ó se destaca en lo más alto, á la claridad imponente de la voraz hoguera sobre el negro fondo del estrellado cielo, esgrimiendo el hacha para derribar la cumbre del tejado; ó asoma otro por la chamuscada puerta del balcón, entre espesa columna de humo con chispas, para respirar un poco de aire oxigenado que no hay adentro; ó sudan el quilo en la calle los hombres que mueven los brazos de la bomba, ó dirigen la pesada boquilla de la manga; ó amontonan muebles desvencijados, ropas y colchones, jaulas, sombrereras y cacharros, entre el vocerío de los que mandan con derecho y de los que tachan los mandatos por lujo de tachar; de los ayes lamentosos del herido, del gemir de las mujeres delante de sus ajueres destrozados; del golpear de las culatas del piquete sobre los duros adoquines, y del continuo rumor de toda aquella compacta é hirviente muchedumbre, que se bambolea y oscila como un pedazo de mar, él va y viene, y entra y sale y se desliza y cuele por todos los resquicios de la masa, y atraviesa la línea de soldados, y

salta por encima de la cordillera de montones y de las hinchidas mangas, y todo lo atropella y vence, para saber antes, si es posible, que ningún otro de su oficio, cómo se llaman el bombero del tejado, y el hombre que se rompió una clavícula, y el vecino que salió por el balcón; de



dónde son nativos, de qué viven y cuál es su estado; qué mote tiene el ratero detenido por el gobernador, y por qué se le detuvo, etc., etc. En seguida, y volando, á la redacción para dar á luz aquello poco, y volver al sitio del siniestro para recoger á escape las notas de lo que vaya aconteciendo, hasta que el incendio se apague por el esfuerzo de los hombres ó por falta de materia en qué cebarse.

Entonces una parrafada de *última hora*; y por remate de todo, un resumen de lo acontecido, con la tasación de daños, y lágrimas compasivas en recuerdo de los perjudicados y contusos; una descarga de reflexiones acerca del mal servicio de incendios, otra de loores para las «dignas autoridades» y demás personas que han sido complacientes con él, y una alabanza especial para el heroico bombero del tejado.

J. M. DE PEREDA.

(Concluirá.)

El fotógrafo

Como parecía familia de muy modestos recursos, y todo su mobiliario cogía en un simple carretón, se les hizo pagar por adelantado el alquiler; un alquiler de estos que se pagan para servir de papel secante á paredes nuevas; pues el quinto piso que habitan pertenece á una casa recién construída, en una de estas anchas vías á medio urbanizar llenas de rótulos y montones de grava y escombros, y solares cercados sin edificar. Todo huele á pintura fresca en estas tres pequeñas piezas donde la luz del día penetra directa y cruda haciendo resaltar la desnudez de las paredes. He aquí el taller con su pequeña galería que semeja una campana de vidrio, con su chimenea prusiana apagada y fría con un montoncito de *cok* preparado para encenderlo, sólo si viene alguien. Colgados de la pared hay los retratos de la familia: el padre, la madre,

los tres niños, sentados, de pie, juntos, separados, en todas las posiciones posibles: además algunas fotografías de monumentos, de paisajes llenos de sol. Todo esto es de cuando eran ricos, de cuando papá se dedicaba á la fotografía por recreo. Pero ahora... ahora están arruinados, y el padre, no teniendo oficio, procura convertir en tal su pasatiempo de los domingos.

La máquina, que los niños rodean con temerosa admiración, ocupa el sitio de honor en medio del taller, y en sus relucientes piezas de metal nuevo, en sus grandes lentes cristalinas, parece haber absorbido todo el lujo y esplendor de la casa, pues los demás muebles son pocos, y con ser pocos, viejos, además de rotos y carcomidos. La madre va con un mal vestido ajado de seda negra y un retazo de encaje en la cabeza: un traje de esos que cuadran muy bien detrás de un mostrador sin parroquianos. Pero el padre se ha querido dar un aspecto así algo artístico, con una especie de chaqueta de terciopelo, para impresionar á las gentes sencillas; y con esa lustrosa y llamativa prenda de desecho, su ancha frente llena de ilusiones, y sus ojos bonachones un poco asombrados, hace un efecto de nuevo por el estilo del de la máquina. ¡Y cómo toma la cosa en serio, el pobre! Es cosa de oírle cuando dice á los niños:

—¡Cuidado con entrar en la cámara oscura!

¡La cámara oscura!... ¡oh!!...

La verdad es que el pobre hombre está muy preocupado: pagado el alquiler, la leña y el carbón no le queda nada; y si no suben parroquianos, si el aparador de abajo no pesca alguien al paso, ¿qué van á comer los niños por la noche? Con la ayuda de Dios ha logrado al fin dejar completa la instalación del establecimiento: nada queda ya para enlustrar ó arreglar. Ahora todo depende del transeunte.

¡Angustiosa espera! El padre, la madre y los niños, todos están en el balcón espiando á los que pasan. ¡Qué diantre! ¡entre tantas personas como cruzan por la calle, bien habrá un aficionado que se decida! Pero ¡ca! la muchedumbre va y viene en todos sentidos á lo largo de la acera... y nadie se detiene. ¡Ah! sí; he ahí un caballero que se acerca al escaparate, va mirando los retratos uno después de otro, parece satisfecho... va á subir. Los chicos, entusiasmados, hablan ya de encender la chimenea. Pero la madre los contiene prudentemente:—No todavía.

Hace bien. El caballero prosigue su camino mirando aquí y allá.

Pasa una hora, pasan dos; empieza á caer el día, el cielo se nubla por momentos; pero vamos, como el piso es muy alto, todavía podrían sacarse excelentes pruebas. El caso es que no viene nadie.

A cada momento una emoción, una alegría frustrada, pasos que se oyen en la escalera, que llegan hasta la puerta y... de repente, se alejan. Después llaman... preguntan por el inquilino que antes ocupaba el piso. Las caras comienzan á ponerse serias y las lágrimas acuden á los ojos.

—Esto es imposible, dice al fin el padre, esto no puede ser sino que nos han quitado el cuadro de abajo. Vé, niño, vé á verlo.

A los pocos momentos vuelve el niño consternado: el cuadro continúa en su sitio, pero como si no estuviera, porque nadie se fija en él, y además... llueve.

Efectivamente, sobre el envidriado del taller empieza á caer la lluvia con un murmullo burlón. En la calle todo son paraguas abiertos: la gente entra en casa, óyese el cerrar de ventanas. Los niños tienen frío, pero no hay que pensar en encender la chimenea que contiene sólo un

último montoncito de carbón. La consternación reina silenciosamente en la familia. El padre pasea á grandes pasos crispando los puños: la madre, para ocultar su llanto, entra en el cuarto oscuro. De repente, uno de los niños, que aprovechando una pausa de la lluvia se ha asomado al balcón, llama á los cristales apresuradamente desde fuera, gritando:

—¡Papá, papá! abajo hay una señora que mira nuestro aparador.

No se engaña: es una señora, pero toda una señora. Mira las fotografías, vacila, levanta la cabeza... ¡Ah! si los pares de ojos clavados sobre ella desde arriba tuvieran cada uno un poquito de imán ¡cómo la harían subir de cuatro en cuatro los escalones!

Al fin la señora se decide, entra, sube... va á llegar... ¡Pronto! un fósforo, encender la chimenea: los niños que pasen al otro cuarto; y mientras el padre abrocha bien su traje, la madre, sonriente de emoción, corre á abrir la puerta...

—Sí, señora, aquí es, aquí... Puede usted pasar... tenga usted la amabilidad de sentarse... aquí... aquí estará mejor.

Es una señora del Mediodía, algo habladora, pero muy complaciente, pues se hace retratar de cuerpo entero, de perfil.

La primera prueba sale mal. ¡Bueno! no hay sino empezar otra vez. Y la señora meridional vuelve á poner el codo sobre la mesa y á apoyar la barba en la mano, sin asomo de mal humor.

Mientras el fotógrafo le arregla los pliegues de la falda y las cintas de la cofia, óyense risitas contenidas y pequeños empujones en la puerta vidriera. Son los niños, que se amontonan para ver á su padre que mete la cabeza debajo el paño verde del aparato y queda así inmóvil, como una bestia del Apocalipsis, con un ojo único grande, transparente. Cuando ellos sean grandes, todos querrán ser fotógrafos, todos. ¡Por fin! he aquí una prueba bien sacada, que el operador enseña, mojada todavía, con aire de triunfo. La señora confiesa que se reconoce en aquellas manchas blancas y negras, encarga doce retratos, los paga adelantados y se va muy contenta. Apenas cerrada la puerta ¡viva la alegría! Los niños, que han salido de su escondite, bailan formando rueda alrededor de la máquina. El padre, emocionado de su primera operación, enjuga majestuosamente la frente con el pañuelo. Como va anocheciendo, la madre sale apresuradamente á comprar algo para la comida, que ha de ser la comida inaugural, y compra también (conviene llevar las cosas en regla) un gran libro verde en el cual queda inscrita en hermosa letra redondilla aquella primera operación, con la fecha, el nombre de la señora y la cantidad que entra en caja. ¡Doce francos! Verdad es que entre el pastel inaugural, las otras provisiones, carbón, azúcar y bujías la cifra de gastos ha igualado exactamente á la de ingresos. Pero, vamos, si se han recaudado doce francos hoy, el primer día, día de instalación, y además lloviendo, ¿qué no será mañana? Pasan la velada haciendo proyectos. Parece imposible los proyectos que llegan á caber en un pisito de tres habitaciones.

Al día siguiente, el tiempo está espléndido, pero nada, ni una persona en todo el día. ¿Qué vamos á hacer? ¡si el comercio es esto precisamente! Además, queda todavía un poco de pastel y los niños pueden acostarse con el estómago no vacío del todo. Al día siguiente, nadie. Las paradas en el balcón empiezan otra vez, pero sin éxito alguno: la señora del Mediodía viene á buscar su docena

de retratos, y se acabó. Aquella noche hay que empeñar un colchón para comprar pan. Pasan dos días... pasan tres... ¡la miseria! El desventurado fotógrafo vende su chaqueta de terciopelo; réstale sólo vender la máquina y entrar de dependiente en cualquier almacén. La madre está desolada, los niños ni siquiera tienen ánimo de asomarse al balcón.

De pronto, un sábado por la mañana, cuando menos lo esperaban, oyen llamar á la puerta; ¡es una boda! toda una boda que ha subido los cinco pisos para hacerse retratar: el novio, la novia y los testigos: todos ellos excelentes personas que no se han puesto más que un par de guantes en toda su vida y desean perpetuar la memoria de tal acontecimiento.

Aquel día, pues, entran en caja treinta y seis francos y al día siguiente el doble: la fotografía está en marcha. Y este es uno de los mil dramas del pequeño comercio parisiense.

ALFONSO DAUDET.

Canto del Norte

(SIGLO X)

DE una colonia que está cubierta
De fría escarcha,
Frithioff, al frente de sus guerreros,
Al llano baja;
Y entre sus *nordmen*, con ceño torvo
Sigurd aguarda
De sus contrarios el fuerte empuje,
Firme en la playa.

¡Las estaturas de los guerreros
Cuál se agigantan
Entre las sombras caliginosas
De la mañana!
Sienten los héroes, inextinguible
Sed de venganza;
Fieros rencores el fuego encienden
De sus miradas.
Tras pausa breve, su férreo brazo
Frithioff levanta
Trémulo de ira, veloz blandiendo
La aguda lanza,
Y á su enemigo dirige airado
Estas palabras:
—Enhorabuena que ruegue el débil:
El fuerte manda:
¡Vil extranjero! Sal sin demora
De esta comarca.—
Sigurd responde:—Desdén me inspiran
Tus amenazas;
Ni ¿qué me importa que estos desiertos
Sean tu patria?
Es siempre mía la tierra en donde
Siento mi planta.
—De Odín soy hijo,—con voz de trueno
Frithioff exclama;—
Mis regocijos y mis delicias
Son las batallas;
Mi grito es «Siempre, siempre adelante,»
¡Ay, si me aguardas!—
Sigurd replica:—Si estas laderas,
Si estas montañas

Se derrumbasen, no cejaría
Sigurd de Islandia.

—
Cúbrese el cielo de nubes grises
Y nubes pardas;
De helada nieve caen los copos
En abundancia:
Luchan los hombres furiosamente
Junto á la playa;
Fuerte ventisca ciega sus ojos,
La mar avanza...
Sobre la orilla buitres y cuervos
Baten sus alas;
Gritan los hombres, el viento silba,
Los cuervos graznan...
¡Con ansia esperan festín sangriento
De carne humanal

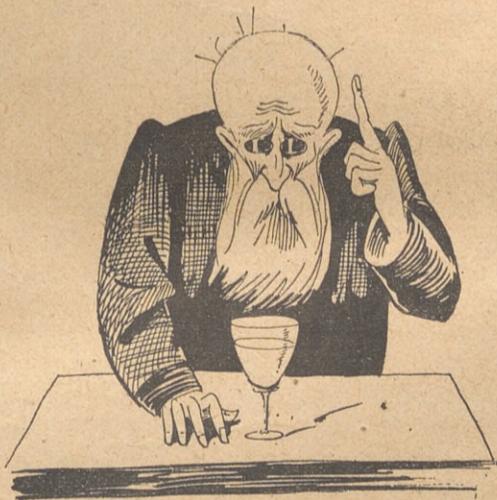
J. FEDERICO MUNTADAS.

El fomento de los animales

La escena representa un gabinete del Ateneo Glúteo Semafórico Español. Tiene la palabra un señor de esos que se dejan la calva y los anteojos para tener más razón en sus argumentos:

Oigámosle.

—Hay necesidad de fomentar la raza canina; el perro



es el compañero del hombre, su guardián, su amigo más fiel; la historia está llena de hechos heroicos realizados por perros de distintas clases; hay perros que salvan la vida á los naufragos, á caminantes envueltos en nieve; la fidelidad del perro es mayor que la de los políticos de oficio, sin que con esta comparación trate de molestar á nadie, ni siquiera á los tales políticos. El gobierno, señores, hace mal en descuidar un asunto, al parecer baladí, pero que en el fondo es de una gran trascendencia social. En Francia hay cada año tres ó cuatro exposiciones caninas.

Las últimas palabras convencen al auditorio.

¿Francia *dixisti*? Pues basta. Por ahí debió empezar el orador calvo. Esta es la razón más poderosa. Si lo hace Francia debemos imitarlo nosotros.

Unos artículos á tiempo en dos ó tres periódicos,

diciendo que *la pública opinión de que nos hacemos eco ve con disgusto la apatía del gobierno ante la decadencia de la raza canina.*



Una conferencia en el Timbis-Club dada por el señor conde de la Mangansila acerca de «El perro considerado en sí mismo y con relación á la situación financiera actual.»

Cuatro desocupados que corran la voz por las tertulias



de las de Truco y Salmuera, en el te de las de Zahorí y en la tila de la baronesa de Pa Sucat.

Ya tenemos elementos más que suficientes para organizar una exposición perruna bajo la protección y curatela de la excelentísima señora duquesa de Wax Vestas.

La misión del Ayuntamiento queda reducida á dar permiso y ceder unos terrenos para dicha exposición, adherirse también á tan gran idea y ofrecerse en todo lo que se pueda hacer en obsequio á un asunto que ha de proporcionar grande afluencia de perros á la Corte.



Esto no quita para que los municipales sigan dando la bola en la puerta de la misma exposición, pero, aparte este detalle, el hecho es que los perros mejor criados y más inteligentes salen del concurso con una medalla ó



con un diploma de honor para colocar en su despacho, y así se estimula á sus amos para que la raza mejore de continuo.

Digo lo mismo de las aves. Tenemos exposiciones



ESPERANDO...

DIBUJO DEL PINTOR JOSÉ LLOVERA



LARNACA EN CHIPRE. — DIBUJO DE H. CORRODI

donde se premia al canario más sonoro, al mirlo mejor músico, al loro más hablador y al catatúa más hábil.

De caballos, no digamos.

La humanidad está decidida á fomentar toda casta de bichos.

Pero en este deseo constante de perfeccionar al gorila y convertirlo en un ser tan perfecto como *el homo sapiens*; de hacerse servir á la mesa por un oso, y de conversar con una cotorra instruída en el grado de bachiller, no observa la humanidad que á medida que los animales se perfeccionan el hombre viene muy á menos.



Nadie se cuida de mejorar la raza humana, y si alguno fuera al Ministerio de Fomento con la embajada de una exposición donde se premiara á los hombres robustos y fornidos, lo mandarían á un manicomio.

El hombre primitivo fué un atleta, dicen.

Hoy es un chisgarabís que no puede con su alma.

Los excesos y malas costumbres acabarán por hacer del hombre un ser tan enclenque, que su naturaleza, falta de vigor, se niegue á producir cabello; su piel será cada vez más nacarada; los dientes se mudarán en la edad de la lactancia; después serán rudimentarios y, por fin, desaparecerán. El hombre sabrá por referencia que Noé, Nabucodonosor, Cánovas y Peris Mencheta, tenían unos huesecillos en la boca, así como hoy sabemos, por referencia también, que Saúl era velludo, aunque no tanto como Vifredo.



Siguiendo la decadencia iniciada ya desde hace muchos años, el sexo feo será todavía más feo; sin señal ninguna de barba, la cabeza pelada como una olla y la boca sin dientes como buzón de correos.

Se suprimirán las peluquerías y en su lugar se abrirán estudios de pintura donde por un precio módico se pintará en la cabeza de cada cual un capricho al óleo.

Pero la cosa no puede parar aquí. Sin dientes, la alimentación será deficiente. Los huesos irán perdiendo dureza y acabarán por desaparecer. El hombre quedará

convertido en una especie de pulpo. En un *malacopterrigio* ó cosa así.



Tal organización no es apropiada para seguir viviendo sobre el duro suelo. El caracol y la babosa lo hacen gracias á la secreción viscosa con que van pulimentando el camino.

Entonces el hombre, como si lo viera, se meterá en el agua y se pasará á los anfibios.

La humanidad tendrá esa evolución; la merece y la presiente.

La afición á los baños de mar que hoy se nota en todas las esferas sociales es la prueba más concluyente.



Lo peor del caso serán las graves consecuencias que al hombre puede traer su conversión en calamar.

Será pasto de los peces de mayor representación náutica.

Sobre la superficie sólida de la tierra campearán por sus respetos todos esos animales que hoy tratamos de fomentar é instruir.

Ellos serán los que en sus ratos de ocio cojan una lan-chita y vengán á pescarnos.



¡Ingratos!

El hombre-calamar tendrá que habitar en aguas del Ecuador en invierno. En los meses de canícula emigrará en grandes bandadas y se irá á veranear al Mediterráneo y al Cantábrico.

Esta será la mejor época para la pesca del hombre.

Los gorilas, ó los que fueren, encargados de ocupar nuestro suelo, pondrán en sus tratados de pesca:

«MES DE JULIO: Ábrese la pesca del *hombre*. El mejor cebo para este delicado calamar es el oro. En las costas de Francia se pescan españoles exquisitos.»

La evolución viene á pasos agigantados.

Medios tenemos para detenerla: Menos horas de café; más ejercicio; más amor al trabajo; menos vicios y más honradez.

MELITÓN GONZÁLEZ.

NUESTROS GRABADOS

Laboremus

ESCULTURA DE J. ROIG

¡Laboremus! ¡Trabajemos! dice la encantadora niña que el diestro escultor Juan Roig ha modelado con mano cariñosa. En sus pocos años comprende ya que la santa ley del trabajo es condición indispensable para la vida, y que sin trabajar, en las muchas y variadas formas que tiene el trabajo, no podemos obtener la consideración de nuestros semejantes. El trabajo es, además, el pan cotidiano que pedimos á Dios primero y que alcanzamos luego ó con la labor de nuestras manos ó con los esfuerzos de nuestra inteligencia. Véase con qué cuidado la hermosa niña atiende á los puntos de la calceta y cómo descuida el divertirse, de lo que es indicio cierto la muñeca tendida á sus pies. Naturalidad en la actitud, verdad en la expresión, elegancia en las líneas, todo esto reúne la estatua que reproducimos. Este es el realismo de buena casta, el realismo español que pinta con exactitud la vida y que de todo sabe sacar saludables enseñanzas. En *Laboremus* hay asunto y hay talento de ejecución. El padre de familia se revela en el tema: el artista da pruebas de que lo es de veras en la manera como lo ha realizado en esta sentida y linda estatua.

Esperando...

DIBUJO DEL PINTOR JOSÉ LLOVERA

A la primera mirada se adivina que espera á alguien la hermosa joven pintada por la hábil mano de José Llovera. Y este alguien interesa á su corazón, llena su alma con el sentimiento que tiene poder de endulzar las amarguras de este valle de lágrimas y que es la esencia y la vida del hogar doméstico. A su prometido aguarda la joven, que escucha ansiosa, pegado el oído á la puerta, conteniendo los latidos de su pecho, para mejor percibir el más liviano rumor de sus pisadas. Su elegante gorrita, la pañoleta que lleva cruzada, el aire todo de su traje, hasta el mismo aire de su figura y rostro, nos traen á la memoria el período de la Revolución francesa, en que el terror dominó por todas las comarcas en aquella nación ilustre. Singular coincidencia, que se advierte á veces en la historia. La sencillez del traje mujeril, producía el mayor contraste con los uniformes pomposos y chillones con que se engalanaban los improvisados señores de entonces, monarcas de un día, porque la ola revolucionaria, que no paraba un instante en su marcha, levantaba hoy á unos para hundirlos mañana en la desgracia ó acabar con su existencia bajo el filo de la guillotina. Traje parecido al que lleva la donosa joven de la pintura de Llovera, usaron las damas que afrontaron el poder de Robespierre, de Barras y de los tiranos y tiranuelos que sojuzgaron á Francia en las épocas del Terror y del Directorio. A su lado las modas grecorromanas, mal copiadas de la antigüedad, aumentaban el abigarrado conjunto de períodos que han procurado al arte y á la literatura gran caudal de asuntos para sus producciones. Raro parecerá, y con todo es un hecho, que junto al sencillo vestido de la doncella, tan diestramente dibujado por Llovera, pudiesen verse los vestidos escuetos, abiertos por uno de los lados, las diademas con pompones de plumas y flores, y los mantos salpicados de lentejuelas ó mosqueados con bordaduras, al modo de los usados por las divinidades olímpicas en los vasos etruscos y griegos.

Larnaca en Chipre

DIBUJO DE H. CORRODI

¡Qué triste nombre el de «Larnaca!» puesto que esta palabra significa ¡tumba! Este nombre, empero; nos representa al mismo tiempo una parte de la historia de la ciudad. Con las tumbas de mármol de los antiguos y poderosos moradores, han construído los modernos sus pobres murallas, y sobre las ruinas de su antiguo esplendor existen hoy miserables cabañas. La antigua *Kition*, en cuyo lugar se levanta la pequeña ciudad y puerto de Larnaca, ya que la ciudad propiamente dicha se halla á un cuarto de hora de distancia en el interior, fué un sitio famoso en la historia. Los fenicios la edificaron y de ellos fué siempre su residencia principal, aun después que los comerciantes y traficantes griegos hubieron invadido la isla de Chipre. Hoy existe solamente la rada, á la cual da importancia la ciudad, y Larnaca continúa siendo el puerto mejor y la plaza comercial de la isla, á pesar de que los buques han de quedarse muy afuera por la escasa profundidad de su playa. La pequeña ciudad y puerto de Larnaca es también la residencia del comisario británico y de los cónsules extranjeros. Sus suntuosas moradas se alzan majestuosas entre la hilera de casas de la playa, y ofrecen con las palmeras y cipreses, el olivo y la parra un pintoresco conjunto, del cual ha sacado el artista un

estudio que representa la entrada de un palacio construído sobre el mar. Una beldad oriental rodeada de sus favoritas palomas aumenta el poético encanto del paisaje.

El inventor Edison

En el *Harper's Magazine* ha publicado Mr. Jorge Parsons Lathrop un interesante artículo, que bien podría titularse, repitiendo una frase muy gráfica de este escritor: *De cómo inventan los inventores*.

A pesar de que el tal trabajo es de aquellos que, cual suele decirse, no tienen desperdicio, las condiciones materiales de esta publicación nos obligan á hacer de él un simple compendio á vuela pluma.

Cuéntanos Mr. Parsons que el rasgo característico de Edison es la extremada facilidad de abstracción que le hace capaz de aislar de súbito su espíritu, en medio de la más animada conversación, á pesar de su genio naturalmente jovial y expansivo. Las transiciones intelectuales más laboriosas para el vulgo las realiza con una sencillez asombrosa, y gracias á este gran dominio que ejerce sobre sus facultades, le es dable aplicar simultáneamente la atención á los más minuciosos pormenores de varios problemas.

Esta ingénita sencillez obsérvase en todas sus cosas: en su lenguaje, en su vestido y en sus maneras. En el vasto laboratorio establecido en su magnífica morada de Llewellyn Park, en Orange, Nueva Jersey, no se toleran visitas importunas. Nada le place tanto como pasar allí las noches de claro en claro dedicándose á sus estudios, ó comer un bocado á la hora del almuerzo en un banco atestado de instrumentos y piezas de maquinaria.

Un día fué el articulista á visitarle ofreciéndole algunas de sus obras, y díjole muy serio Edison:—¿Queréis ver mi novela? Y entrególe un tomito, á modo de vademecum, en el cual se veía una multitud de diseños acompañados de notas rápidamente trazadas con lápiz. Todas sus páginas llevaban apuntada la fecha en que se habían llenado. Si no formaban propiamente una novela, eran en cierto modo unas Memorias científicas, en las cuales podían seguirse paso á paso las investigaciones, los ensayos y los triunfos de Edison, así al crear nuevos aparatos como al perfeccionar los antiguos. En aquel librito se veían gráficamente descritos sus peculiares procedimientos.

Asombraríanse de seguro muchas personas que legítimamente se precian de ilustradas, si leyesen la lista completa de los inventos de Edison, aun prescindiendo de los muchos que tiene proyectados, entre los cuales figura uno muy notable para perfeccionar la telegrafía eléctrica submarina.

Edison descende de una familia holandesa que emigró de Europa en 1730. Su padre vive todavía, y es tan robusto, que llevando áuestas la friolera de 84 años, aun anda por término medio diez millas diarias. De él ha heredado sin duda el portentoso vigor que le permite soportar impunemente el extraordinario trabajo físico é intelectual á que dedica su existencia.

Á la edad de doce años vendía periódicos en las estaciones de los ferrocarriles; cansóse de tan poco lucrativa profesión, y fundó un periódico por él escrito, compuesto é impreso, que era como un noticiero ó conjunto de noticias relativas á los caminos de hierro, y tuvo por lectores á los empleados de éstos. El famoso ingeniero Roberto Stephenson mandó tirar del tal periódico una edición especial para su uso. Edison dice que, á pesar de la escasa importancia de la publicación, estaba muy ufano de ella, considerándose ya todo un periodista.

Edison refiere modestamente un verdadero rasgo de genio que tuvo en aquella época. Había trabado amistad con un cajista del periódico *La Prensa libre*, logrando de él que todos los días le proporcionase pruebas de sus artículos; dedicóse á leerlos y á apreciar su respectiva importancia, midiendo por ella el pedido de ejemplares. Llegó á ser tan ducho en esto, que nunca se equivocaba en sus previsiones. Un día entregóse su amigo una prueba del periódico en la cual leyó una noticia impresa casi toda en letras muy gordas. Aquella lectura fué para él una verdadera revelación. Consistía la nueva en el primer parte de la batalla de Pittsburg, en el cual se contaba que ascendían á 60,000 el número de muertos y heridos.

Apenas se hubo enterado, corrió á encontrar al telegrafista y propúsole el regalo de todos los números del próximo semestre del *Harper's Weekly*, *Harper's Monthly* y un diario á su elección, si quería telegrafiar á todos los jefes de estación pidiéndoles que en la pizarra del andén donde apuntan las horas de entrada y salida de los trenes, anunciaran al público las noticias de la gran batalla. El telegrafista aceptó el trato. Hasta aquí todo iba á pedir de boca; pero las dificultades empezaron cuando el pobre muchacho fué á la administración del periódico, en donde no quisieron darle mil quinientos números al fiado. Preguntó por el propietario, entró en su despacho y repitió la petición. El propietario, «hombre alto, seco y de penetrante mirada,» contemplóle un momento de hito en hito, luego cogió una pluma, escribió dos líneas en un volante y se lo tendió diciendo:—*Anda á la administración y te los darán.*

Edison pensó reventar de júbilo. Contrató á tres chicos compañeros de oficio para que le ayudasen á llevar los periódicos, fueron á la estación

y metieron en el tren. El telegrafista había cumplido su palabra. Merced á las noticias publicadas en las estaciones, reinaba en todas ellas una efervescencia extraordinaria. Los periódicos eran literalmente tomados por asalto. Empezó vendiéndolos á cinco céntimos y acabaron por pagárselos á más de peso duro.

Este hecho produjo tal impresión en su espíritu, que llevado de su admiración por la electricidad, se hizo telegrafista. Entretanto, su negocio había tomado tanto vuelo, que necesitaba cuatro chicos para ayudarle en la venta de periódicos y todos los años podía enviar á sus padres unos quinientos duros de sus ahorros.

Entonces la telegrafía eléctrica estaba en su infancia, escaseaba el personal y podía ganarse un buen sueldo sin poseer grandes conocimientos. Colocaronle primeramente en Indianópolis, en donde trabajaba durante el día. Por la noche recibía los telegramas de la prensa, con un compañero suyo llamado Parmley. El telegrafista era un beodo empedernido, que al poco rato dormía á pierna suelta, y ellos tenían que reemplazarle del mejor modo que sabían. Sucedió una noche que recibieron un largo telegrama transmitido por un telegrafista muy diestro de Cincinnati, el cual se despachaba con tal presteza, que á duras penas podían seguirle con la pluma ni con la memoria. La necesidad aguzó el ingenio, y en aquella ocasión inspiró á Edison su primer invento, sugiriéndole la idea de poner en comunicación dos aparatos de modo que mientras el primero indicaba cuarenta palabras por minuto, el segundo sólo transmitía veinticinco. Más adelante vinieron unas elecciones presidenciales, empleáronse un par de horas en traducir un telegrama ansiosamente esperado, la prensa puso el grito en el cielo, hicieronse averiguaciones y se descubrió el enredo.

Edison explicó á su amigo varias particularidades relativas á sus muchos inventos, lamentándose de paso de la ligereza con que se hace esta palabra sinónima de descubrimiento.

—Descubrir no es inventar, dijo. En el descubrimiento hay siempre algo de accidental y fortuito, mientras que el inventor obra por medio de un procedimiento rigurosamente deductivo. Casi todos mis inventos son hijos de prolongadas vigilias consagradas al estudio y de una larga serie de ensayos encaminados á conseguir un objeto concretamente definido.

No desecha jamás una idea sólo por parecerle harta atrevida, y, cuando ha realizado su invento, lo analiza en todos sus aspectos para averiguar todas las conclusiones que de él pueden deducirse, apuntándolas en aquel librito de memorias que él titula su novela. Los cálculos los hace de memoria, por complicados que sean, y no por alarde, sino porque la fuerza del hábito ha hecho que le sean más fáciles de este modo. Dice que el invento que ha exigido de él más estudio, perseverancia y energía de voluntad ha sido el de la luz eléctrica, acerca del cual imaginó una porción de teorías, ensayándolas y desechándolas sucesivamente hasta que encontró la exacta y definitiva.

Tiene una extraordinaria afición á la lectura, no sólo de las obras científicas que se van publicando, sino también de las puramente literarias que alcanzan mayor fama.

Termina Mr. Parsons su artículo con un interesante diálogo que tuvo un día con Edison y que reproducimos textualmente por su mucha importancia. Decía Edison:

—No puedo creer que la materia sea inerte y esclava de una fuerza externa; antes se me figura que el átomo está dotado de cierta parte de la inteligencia primitiva. Fijaos en las mil combinaciones que ejecutan los átomos del hidrógeno con los de otros elementos, formando las más diversas sustancias. ¿Diréis que las realizan sin inteligencia? Cuando estas combinaciones son útiles y armoniosas, ved qué elegantes formas y qué espléndidos colores producen y qué grato aroma exhalan muchas veces, como para expresar su satisfacción. Por el contrario, en la enfermedad, la muerte, la descomposición y la impureza, la disgregación de los átomos se anuncia en el acto por un olor nauseabundo. Reunidos en ciertas formas, los átomos constituyen animales de orden inferior y, por último, se combinan en el hombre, que representa la total inteligencia de todos los átomos.

—Pero ¿de dónde creéis que dimana esa inteligencia? le preguntó su interlocutor.

—De un poder superior á nosotros.

—¿Entonces creéis en una inteligencia creadora, en un Dios personal?

—Mucho que sí. Casi me atrevería á afirmar que su existencia podría probarse por medio de la química.

Tan categórica contestación inspira á Mr. Parsons las siguientes reflexiones á las cuales no podemos menos de adherirnos:

«Ciertamente predispone el ánimo á graves meditaciones, y le colma de gozo al mismo tiempo, eso de que el insigne genio, el vigoroso representante de la ciencia americana, el gran exponente de la ciencia aplicada, el brillante y fecundo inventor que ha pasado la vida estudiando el mundo físico, se haya remontado á la creencia en Dios desde un medio en el cual tan á menudo se oscurece la percepción de las cosas espirituales.»

Estas palabras recuerdan aquellas tan famosas de Francisco Bacon: «Una instrucción escasa guía al ateísmo; pero una instrucción profunda conduce á la piedad.»

SECCIÓN CIENTÍFICA

Conocimientos é invenciones útiles

Procedimiento sencillísimo para conocer los vinos fuchsinados.—El mejor medio de empotrar el hierro en la piedra.—Aplicación del serrín en medicina.—Higrómetro químico.

Seguramente se hallan en las revistas y publicaciones científicas numerosos procedimientos para conocer la presencia de la fuchsina en el vino; pero la mayor parte ofrecen el inconveniente de exigir conocimientos especiales de química ó el de dar indicaciones bastante dudosas. Entre los primeros, son los más empleados por los químicos los de Falières, Fordos y Husson, los cuales, aunque sencillos y de resultado satisfactorio, piden reactivos que no se encuentran en todas partes y además largas manipulaciones para la evaporación y costosos aparatos de destilar.

El que vamos á indicar, debido á E. Puerta, es de una sencillez verdaderamente notable, y da lugar á transformaciones tan marcadas y características, que pueden apreciarse con exactitud, hasta por las personas menos peritas en observar el efecto de los reactivos. Tiene la ventaja sobre otros muchos, de no necesitar para el experimento sino una cantidad insignificante de vino, unas cuantas gotas; se ve en seguida el resultado, y el reactivo es tan sencillo, que no hay localidad en donde no se encuentre, abundando, por lo general, en todas partes la cal.

Está basado el procedimiento en la propiedad, que posee el agua de cal, de apoderarse de la materia colorante de los vinos naturales, al paso que no ejerce acción alguna en la fuchsina ni en los demás colores extraídos de la hulla.

Necesitamos, pues, para hacer la experiencia, unos cinco centímetros cúbicos del vino sospechoso, esto es, poco más de lo que queda en un vaso, después de apurado, y una cantidad próximamente doble de agua de cal. Basta echar ésta en el vaso, que contiene el vino, para que se verifique la reacción; el color rojo del vino desaparece, quedando en su lugar otro verdoso sucio y formándose copos del mismo color. Si se tratara de un vino blanco, cuya coloración no fuera debida á la anilina, se verificará el mismo fenómeno. Cuando, al contrario, el vino esté fuchsinado, persistirá el color y los matices serán rojo ó amarillo, aun después de echar el agua de cal, más ó menos fuertes, según sea mayor ó menor la cantidad de sustancia nociva colorante que contenga, persistiendo más el color primitivo del vino en los más teñidos de un modo artificial.

Lo anterior basta para lograr el objeto apetecido; pero si se quisiera más exactitud y precisión, se puede obtener empleando indistintamente reactivos muy usados en las artes ó la industria: los ácidos nítrico y clorhídrico. Si al líquido verdoso de que hemos hablado, se agregan unas cuantas gotas de uno de los ácidos antedichos, y el vino es natural, reaparece su color primero, aunque menos intenso, mas si contiene anilina, el color que tenía el vino antes de ensayarle, y que no desapareció por la adición del agua de cal, se torna amarillento, debilitándose con el tiempo.

* * *

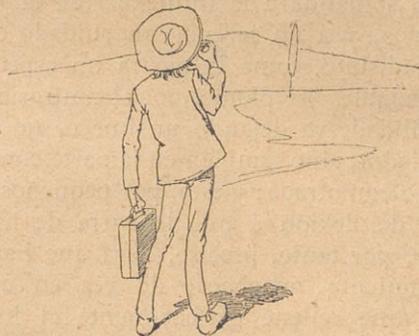
De todos los medios propuestos para empotrar el hierro en la piedra, dos eran los preferidos por su sencillez y eco-

TODO POR EL ARTE

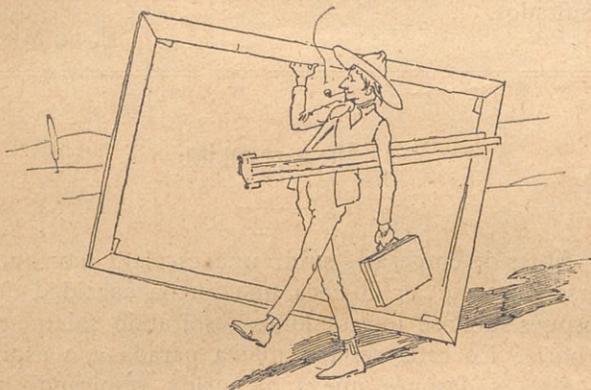
NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES



1.—«La Exposición se nos viene encima!»
Y Miguel Ansias—pintor luminista-impresionista—
sale al campo en busca de *cuadro*.



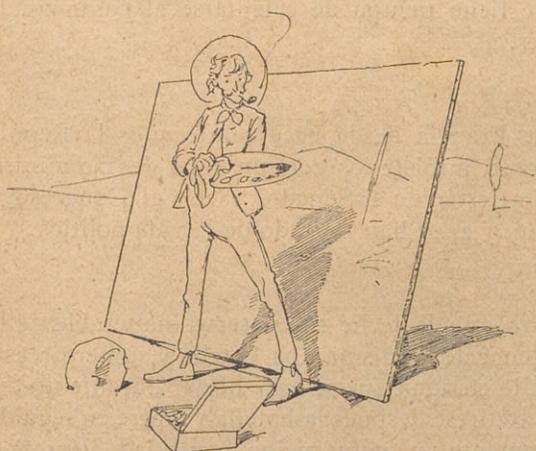
2.—«Pues señor, hélo aquí... ¡qué grandiosa simpli-
cidad! ¡qué efectazo!»



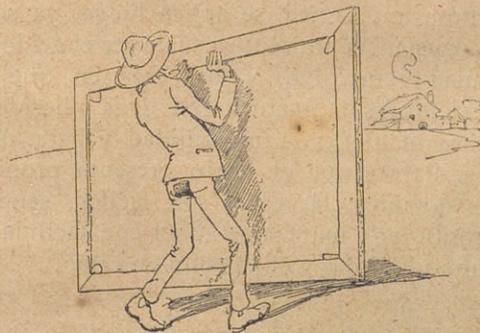
3.—Y con sus pertrechos á cuestas se posesiona del
campo de batalla...



4.—y á la primera sesión deja casi terminada la obra.



5.—Casi, entendámonos: mañana habrá que volver
para suprimir algunos detalles inútiles.



6.—Y viendo no lejos de allí una casa solariega, á
ella se dirige en demanda de albergue para el cuadro.

(Continuará.)

nomía: el azufre y el plomo fundido. Ambos, sin embargo, presentan tales inconvenientes, que los constructores ansiaban encontrar una sustancia, que, resultando barata, obviara, no obstante, aquéllos. El principal del azufre es el aumento de volumen que experimenta, llegando en muchos casos á agrietar las piedras. Omitimos indicar las reacciones químicas y las acciones eléctricas que, según muchos, se originan, y con mayor energía cuando la unión está sometida á la influencia de la humedad; de todos modos, y á no ser por un cuidado de conservación esmeradísimo, toma la piedra un aspecto en extremo desagradable. El plomo, por el contrario, á causa de su ductibilidad, va dejando un hueco, no sólo alrededor de la piedra, sino también en la parte contigua á la pieza de hierro empotrada; y esto, por pequeños que sean los esfuerzos de flexión á que la barra de hierro esté sujeta; siendo, por tanto, preciso, para que haya verdadero empotramiento, machacar de vez en cuando el plomo, para que rellene perfectamente el hueco que queda entre la piedra y la barra de metal.

Asegúrase que con el cloruro de zinc se obtienen excelentes empotramientos; pero hasta ahora resultan muy caros para que permitan su aplicación industrial.

El material que parece resolver el problema, es sencillamente el cemento hidráulico; baratura, sencillez en su empleo, buen aspecto y sobre todo solidez, son las ventajas más salientes del nuevo método. Aunque tratándose de materiales de construcción, no puede afirmarse en absoluto que un material es más económico que otro, dependiendo esencialmente de la localidad en que ha de emplearse, no es, sin embargo, arriesgado asegurar que este cemento es poco costoso. Está tan generalizado su empleo, que sin detenernos en las otras dos ventajas indicadas, sólo insistiremos en la capital, esto es, en la solidez.

Según vemos en el *Engineering News* se han hecho ensayos comparativos entre los tres métodos apuntados. Omitimos los detalles, que no interesarán á los lectores, de la calidad de la piedra, del número y diámetro de las barras, etc., consignando solamente los resultados. Sometidos por la acción de una gran palanca á esfuerzos de tensión, pudo extraerse una barra de las empotradas con azufre, y otra con plomo; de las unidas con cemento sólo una pudo aflojarse algo, y las demás se rompieron al intentarse la extracción.

* *

Vamos á indicar una aplicación del serrín: su empleo en medicina por el doctor M. H. Thomas. El serrín, limpio del polvo y de los fragmentos de maderas que suele contener, empapado después en una sustancia medicamentosa antiséptica, se aplica luego, ya seco, ya húmedo. La sustancia antiséptica suele ser el ácido fénico ó el sublimado corrosivo, y los casos en que presta mejores servicios los de fractura con llaga ó herida; sirve entonces para mantener la inmovilidad y para absorber los líquidos. Parece que el serrín presenta propiedades absorbentes notables; las curas son fáciles, sencillas y nada dolorosas, por manejarse aquél con facilidad y no adherirse como las hilas y el algodón en rama.

* *

Todos conocemos los higrómetros, que, con el nombre de flores ó figuras barométricas, se venden, por ínfimo precio, en bazares y tiendas, y que señalan por la variación de su color, el buen tiempo, el variable y la lluvia.

Muchos sabrán que están fundados en la propiedad, que poseen las sales de níquel y de cobalto, de cambiar de color cuando varía el grado de humedad del aire; mas aun para éstos será quizás desconocida una aplicación que de esta propiedad hemos visto hacer, y que produce excelente efecto decorativo, á la vez que indica la variación del tiempo. Consiste en la pintura de los vidrios de un balcón ó ventana con disoluciones de sales de aquellos metales.

Después de trazar los contornos del dibujo con barniz ó pintura negra se les da color apropiado valiéndose de las disoluciones siguientes:

Amarillo.—Cloruro de cobre, una parte; gelatina, 10 partes; agua, 100 partes.

Azul.—Cloruro de cobalto, una parte; gelatina, 10 partes; agua, 100 partes.

Verde.—Cloruro de cobalto, una parte; gelatina, 20 partes; agua, 200 partes; óxido de níquel, 75 partes; cloruro de cobre, 25 partes.

Cuando el tiempo es húmedo, las tres mezclas están incoloras y dejan penetrar en la habitación toda la luz. Si es seco, aparecen los tonos correspondientes á las distintas mezclas, habiendo absorción de luz al atravesar ésta las partes pintadas, y disminuyendo, por consiguiente, su intensidad en el interior de la habitación.

Con las mismas disoluciones pueden iluminarse grabados, pintar tapices, etc., obteniéndose satisfactorios resultados.

E. DE MIER.

Mesa revuelta

Antes de empezar á subir una escalera hay que detenerse y aspirar por la boca una buena cantidad de aire. Después súbanse los escalones respirando solamente por la nariz. En cada rellano nueva parada con aspiración de aire, y después nueva ascensión respirando por la nariz.

Respirado por la boca el aire frío ejerce perniciosa influencia en las membranas de la garganta y de los pulmones; prodúcense irritaciones é inflamaciones locales, dolores de muelas, resfriados, bronquitis, etc. Los gérmenes que infectan generalmente el aire de las ciudades penetran todavía más fácilmente. Respirando por la nariz, el aire tiene tiempo de calentarse al pasar por las fosas nasales.

* *

En Francia desde hace veinte años la República ha tenido 26 ministerios con un total de 130 ministros. De éstos, 31 están en el Senado, 18 en el Congreso, 49 han muerto, y 22 se han retirado de la vida política.

* *

Para que la leche se conserve inalterable no hay más que llenar de la misma una botella y sumergir ésta hasta el cuello en agua que se hace hervir durante un cuarto de hora. Retírese después la botella y tápese en seguida escrupulosamente, y, para mejor seguridad, lácrese, con el fin de impedir toda comunicación de la leche con el aire exterior. De este modo la leche puede conservarse por más de un año.

Recreos instructivos

I

—¡Qué veladas tan fastidiosas! encerradas aquí, oyendo cantar los grillos y algún sapo, cansados todos de andar recibiendo el sol, y sin ganas de hablar, te aseguro que echo de menos las noches de invierno en la ciudad, pues en ellas se ve gente y se oye cantar algo mejor que el rin-rin de los grillos.

—No digas eso, Clarita; de tí depende ahuyentar el fastidio y no lo haces.

—¿Pues cómo?

—¿No recuerdas que papá trajo el sábado un número de un nuevo semanario ilustrado? ¿por qué no nos entretenemos ensayando los pasatiempos instructivos con que nos brinda?

—¡Caramba! ¡es verdad! ¡lo había olvidado! á ver, trae, trae: ¿qué es lo primero que hay?

—Mira: un experimento de física.

—Y ¿qué me importa á mí la física?

—Mucho, amiga mía: en primer lugar distrae, luego nos enseñará algo nuevo, y además, según dice el prospecto, van á variar hasta lo infinito estos pasatiempos y habrá para todos los gustos.



—Veamos, pues.

—El primer *recreo* consiste en hacer flotar siete tapo-

nes de corcho en situación vertical y juntos encima del agua: probemos. Dice que para conseguirlo basta tomar los corchos formando haz, sujetándolos con la palma de la mano; luego se sumergen enteros y juntos en el agua dejándolos un ratito, hasta que se llenan de agua los poros del corcho; una vez están ya bien húmedos se vuelven á

colocar en el agua metiéndolos hasta la mitad... ¿ves? ya sale; pero ¿por qué te ríes, loquilla?

—¡Es chistoso! ¡figúrate en lo que estaba pensando! si toda la familia de Rodríguez se metiese juntita en el río, así, sin moverse y sin chistar, como verdaderos tapones de corcho, nos ahorraríamos de oír los chillidos espeluznantes de los chiquillos, los gritos desatemplados de la mamá y el vozarrón de contrabajo del señor Rodríguez.

—Es verdad; pero tampoco te divertirías viéndoles bañarse con aquellos trajes de sainete y aquellos aspavientos que hacen desternillar de risa. Conque, bueno, ahora vamos á descifrar la charada y á ver si damos en el clavo.

—Cállate, que se la haremos descifrar á tu primo, el de la cara de luna.

—¡Qué idea! eres insufrible, Clarita!

—Pero clarita, como me llamo; ¿no dices del primo que, no ha descubierto la

pólvora? Pues quizá adivine la solución de la charada. JULIÁN.

CHARADA

Negación vulgar la *prima*,
Preposición la *segunda*.
Goza aquí de gran estima
Y á las bellas desanima
Prima y tres que Dios confunda:
Segunda y prima hace cuenta
En Atenas y en París;
El *todo* al pobre atormenta
Y á veces tal se presenta
Que al rico pone en un tris

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que, á nuestro juicio, sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Los números atrasados, **25 céntimos de peseta**.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aun que no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Eres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



VIAJES, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MÚSICA, MODAS

SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS

LA ILUSTRACIÓN MODERNA se publica semanalmente por cuadernos de treinta y dos grandes páginas, impresas en excelente papel glaseado, tipos elzevirianos fundidos ex profeso, y adornadas con numerosos y selectos grabados intercalados en el texto. Á fin de dar mayor variedad y riqueza á la publicación, en algunos números se intercalarán grabados en colores.

Á cada número acompaña una preciosa lámina suelta de gran tamaño, ó dos láminas de página, reproducción de las más celebradas obras de los artistas contemporáneos.

Á pesar del lujo y esplendor de esta publicación y de los magníficos regalos que se repartirán, sólo cuesta cada cuaderno

50 CÉNTIMOS DE PESETA

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^a, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^a — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^a — Málaga; don Luis Duarte.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINO, 18 bis. — BARCELONA

LA PREVISION

PRIMERA COMPAÑIA ESPAÑOLA

dedicada exclusivamente á

SEGUROS SOBRE LA VIDA

Á PRIMA FIJA

BARCELONA

Dormitorio de S. Francisco, 8, pral.